

LA SOCIEDAD EUROPEA DE CULTURA

LA Sociedad Europea de Cultura fué concebida en los primeros *rencontres* internacionales de Ginebra, celebrados en 1946. Faltaron, empero, en aquella oportunidad las condiciones necesarias para que la idea se llevase a la práctica, y acaso hubiese quedado en embrión de no haberse confiado la iniciativa años más tarde a un hombre de dotes organizadoras probadas y extraordinarias: el profesor Giovanni Ponti, comisario de la Bienale de Venecia. Bajo su impulso y el patrocinio de tan prestigiosa institución se emprendieron una serie de contactos con hombres de cultura italianos y suizos primeramente, y de Francia e Inglaterra más adelante, lográndose formar un núcleo inicial que reunió en poco tiempo más de trescientas adhesiones entre intelectuales de casi todos los países europeos y preparó la Asamblea constitutiva de la Asociación.

Se celebró ésta en Venecia, elegida por su singularísimo significado historicocultural como sede de la entidad, durante los días cercanos al Pentecostés del pasado año; se fijaron allí los Estatutos de la Asociación, sus fines, sus órganos de trabajo, tareas y medios. Las actividades sociales se iniciaron casi simultáneamente con la publicación de un *Anuario* dedicado a presentar la Sociedad Europea de Cultura y del primer número de una revista bimensual, cuyo título, *Comprendre*, ilustra con suficiente elocuencia sobre el amplio espíritu que anima sus páginas, abiertas a las más heterogéneas colaboraciones siempre que se inspiren y sirvan a los fines de la publicación.

La S. E. C. declaró como fundamentos de su existencia su fe en la unidad cultural de Europa y la necesidad de defenderla en la crisis actual para evitar que el antagonismo que divide nuestro continente provoque su fragmentación cultural y para superar las fisuras de esa naturaleza que ya se han acusado en su estructura.

Para lograr tales propósitos se propone coordinar y movilizar las fuerzas de la cultura. A ellas corresponde, a su juicio, emprender en sus respectivas esferas una acción resuelta destinada a mantener frente a propios y extraños las condiciones precisas para que el espíritu de la verdad —meta común y única de toda cultura— pueda manifestarse normalmente. Considera asimismo ineludible el que aquellas fuerzas asuman la parte de responsabilidad que les corresponde ante los problemas de nuestro tiempo; ellas deben abrir los cauces de su posible solución y aportar fórmulas económicas, políticas y jurídicas adecuadas a las nuevas condiciones de vida en Europa, tarea cuyo logro es —a su entender— más asequible a los hombres de cultura que a las masas y a los Gobiernos, por falta de preparación en las primeras y por imposibilidades estructurales y técnicas en los segundos.

Con significativa insistencia afirma la S. E. C. su independencia y diversidad respecto a instituciones culturales similares con carácter internacional. De la UNESCO la diferencia su sentido individualista, ya que sus miembros lo son en razón de su personalidad propia y no de la designación de los Gobiernos, aparte de que las tareas de aquel organismo son primordialmente técnicas y administrativas. Nada tiene que ver tampoco con el Centro Europeo de Cultura, encuadrado en un marcado unionismo occidentalista. Razones semejantes, aunque de signo opuesto, la separa asimismo del llamado «movimiento de los partidarios de la paz», nacido en Wroclaw.

La segunda Asamblea general se reunió en la ciudad de los Dogos en los días 8 al 11 del pasado noviembre, de infausto recuerdo para Italia por la gravísima inundación que asoló la cuenca del Po, y que dejó sentir sus efectos con singular espectacularidad en la bella ciudad adriática. En sus deliberaciones tomó parte el profesor Francisco Javier Conde, miembro de la Asociación y que, junto con don Eugenio d'Ors, representa a la intelectualidad española en su seno. El tema a discutir fué un proyecto de «Llamamiento a los intelectuales de Europa y del mundo». Su importancia intrínseca y valor para enjuiciar la orientación de la obra nos mueve a reproducir íntegramente su texto, que es el siguiente:

«Después de lo que bien podemos llamar el fin de la guerra, el curso de los acontecimientos hasta el día de hoy revela la existen-

cia de un estado de conflicto que afecta a todos los aspectos de la vida. La guerra no ha cesado; en cualquier momento puede encenderse de nuevo bajo formas y con violencia desconocidas todavía.

Los aliados de ayer, unidos en una guerra contra un enemigo común, no solamente por los accidentes de una coyuntura histórica, sino también por razones profundas que se podrían creer permanentes, parecen no acordarse más de éstas, aunque pretenden justificar su conducta por la fidelidad al ideal que les había asociado antes, aparecen a los ojos de muchos —sea ello fundado o no— amenazándose recíprocamente, lo que hace pesar sobre el mundo el temor de una calamidad que amenaza ser sin medida común con las que hemos sufrido.

El mundo aparece dividido en dos bloques armados. Aquellos que resisten aún a la intransigencia totalitaria no deben hacerse ilusiones sobre lo precario de su condición. Algunos quisieran hacer creer, y son numerosos en demasía los que se dejan arrastrar a ello, que el conflicto se desencadenará con toda su violencia y que no hay otra salida que el triunfo de uno de esos bloques y el aplastamiento del otro. Es la política del aut aut, a favor o en contra, sí o no; es el planteamiento de la disyuntiva. Aquellos que, en cualquier lado que estén, rechazan este planteamiento y que con su voluntad de escapar al dilema se niegan a admitir la fatalidad de la guerra son tenidos por ingenuos, por idealistas y hasta por traidores. Y, sin embargo, su actitud merece al menos atención.

Al imperativo del sí o no, reflejo del espíritu de guerra, y por el que ciertos intelectuales se han dejado arrastrar, el hombre de cultura se resiste. Llevado a buscar y a discernir bajo los acontecimientos de la política, tal como es entendida comúnmente, las fuerzas profundas que ponen de manifiesto, opone a estas exigencias brutales y simplistas la reflexión, que muestra que esta antinomia no está justificada y que el conflicto no es inevitable.

Existen grandes intereses que, lejos de excluirse, coinciden por encima de toda opción y reclaman una nueva síntesis, cuyo rechazo (que quiere justificarse por un rigor de enjuiciamiento que es en realidad una condenación sumaria, pobre de comprensión histórica y humana) no es ni justo, ni cuerdo, ni gallardo.

En el plano en que nos hemos colocado, que es el de una política de la cultura, en vez de decir sí a una parte y no a la otra se puede y debe decir sí y sí. Ya que los valores esenciales que exis-

ten en unos y otros no deben abandonarse al arbitrio de la violencia.

Este doble sí, incompatible con toda política de poder, se convierte en la base misma de una política de cultura que tiende a comprender y a dominar los acontecimientos.

El hombre puede determinarse; puede hacer la Historia en vez de dejar que ella se haga. Partiendo de ahí es como se puede hoy definir una noción de la cultura más conforme con su papel actual.

Se ha hecho lugar común decir que el nuevo conflicto arrastraría tales masas de seres humanos y emplearía medios de destrucción tan poderosos que sería fatal, si no a la especie humana, ciertamente a civilización. Desgraciadamente la resignación a la catástrofe está ya tan extendida que son numerosos los que, pese al temor que les produce, parecen aceptar la perspectiva de ella.

Ante amenaza tal los esfuerzos de los Gobiernos, incluso los más inteligentes, tendentes a resolver los problemas actuales, parecen condenados al fracaso, por el hecho de la contradicción y la desproporción que existe entre esos problemas y los métodos puestos en práctica para resolverlos. Sólo las fuerzas surgidas directamente de los pueblos e independientes del antagonismo de los Estados pueden obrar eficazmente para establecer el orden de paz y justicia a que aspira la Humanidad. Las fuerzas de la cultura, esencialmente libres y cuya solidaridad no conoce fronteras, deben ser las primeras en alistarse con la mayor energía a fin de evitar una derrota que significaría la desaparición de todo cuanto hace apreciable la vida humana.

La Sociedad Europea de Cultura se ha fundado ajena a toda preocupación de partidos y de ideologías para responder a esta necesidad. Está abierta a hombres de todas las tendencias espirituales, morales y políticas, conscientes de su responsabilidad y decididos a asumirla plenamente. Pero no puede desempeñar todavía sino un papel de agrupamiento y de dirección.

Ello no obstante, la política de la cultura, como toda política, exige una fuerza a su servicio. Por ello dirige la Sociedad Europea de cultura este llamamiento a los intelectuales de Europa y del mundo. Les invita a enterarse de sus fines, a apoyarla difundiendo su programa y manifestando su adhesión en toda ocasión favorable y sobre todo a ayudarla a desatar las fuerzas esenciales para la creación de nuevas estructuras económicas, políticas y sociales.

de las que la vida moderna no puede prescindir por más tiempo para garantizar la libertad y la dignidad del hombre.

Les pide mantenerse en contacto con ella, siguiendo sus manifestaciones, leyendo sus publicaciones, especialmente su revista *Comprender*, aportándole consejos y sugerencias a fin de que su acción se haga cada vez más eficaz.»

Expuestos en sus líneas esenciales el origen, los fines, los medios que para alcanzarlos se propone utilizar la flamante Sociedad Europea de Cultura, y en especial el manifiesto con que ha iniciado su labor, deseamos formular algunas consideraciones sobre sus propósitos y sobre la andadura que ha rendido en este primer semestre de activa vida que acaba de cumplir al clausurar las tareas de su segunda Asamblea general.

La idea inspiradora de la S. E. C. no puede suscitar otra reacción que la adhesión y el aplauso más fervorosos. Salvaguardar la autonomía del espíritu y defender la unidad cultural de Europa son empresas en que de antaño nos hallamos empeñados los españoles. Ambas afrontan en nuestros días las más duras adversidades. En estos últimos lustros hemos contemplado el proceso de transformación del pensamiento en mera técnica de la propaganda, de la ciencia en simple *ancilla politicae*. Los conceptos han sido incorporados a la lucha partidista y han cristalizado en símbolos y consignas. La política ha invadido esferas humanas que le eran ajenas por tradición y esencia. En países de elevado desarrollo cultural las voces de acento sincero hubieron de refugiarse cuando ello era posible en ese tono silente de la cultura epistolar, olvidado desde los tiempos de Leibnitz. En esa penuria han hallado ciertamente su mejor argumento las llamadas «culturas jóvenes» para colgar de nuestra Europa el sambenito de la senilidad y la decadencia. Esta acusación, que no es sino simple confusionismo entre efectos y causas, cobrará seguramente amenazadora realidad tan pronto como la unidad cultural de nuestro continente se quiebre definitivamente bajo el peso de los dos bloques políticos que hoy se reparten su hegemonía. Cuantos esfuerzos se hagan, pues, en aquellos dos sentidos contarán siempre de cierto con el apoyo decidido de los intelectuales españoles, que desde hace siglos consumieron en su defensa sus mejores fuerzas y a las veces su propia sangre.

Ahora bien, si los elevados fines que inspiran la S. E. C. concuerdan plenamente con nuestro pensar y si compartimos también

por entero la dolorosa conciencia de los males presentes y futuros que aquejan a Europa, disintimos hondamente en lo que atañe a su diagnóstico, y consiguientemente, al tratamiento con que pretende combatirlos.

En las declaraciones de principio y escritos iniciales de la Sociedad Europea de Cultura se aprecia claramente la tendencia a considerar que el antagonismo que divide hoy el mundo es de índole puramente política. Consecuentemente se estima que bastará reducir las extralimitaciones de lo político y deslindar política y cultura para hallar en ésta un campo común de entendimiento e intereses que salvaguarden la unidad de Europa y sea incluso susceptible de llevar al propio recinto político la serenidad y cordura de que tanto ha menester. «Se trata de realizar —escribe Humberto Campagnolo, secretario general de la Sociedad— una acción política particular para contener a las fuerzas que amenazan las justas relaciones entre cultura y política» (1). De acuerdo con tal criterio proclama la entidad en su «Llamamiento a los intelectuales» arriba transcrito su neutralidad «de partido», y aun llega a mayores extremos al declarar que la «antinomia entre Oriente y Occidente no está justificada».

A nosotros españoles (y basta este título para ahorrarnos más largas exposiciones) nos parece el empeño de la Sociedad Europea de Cultura noble y bien intencionado, pero seguramente por conocer mejor o de más antiguo al menos la realidad comunista, sabemos que su ideología excede las lindes de lo político no sólo en su acción, sino en su propia raíz. Estamos por ello firmemente convencidos de que no solamente están en juego la unidad cultural de Europa y la autonomía del pensamiento, sino también valores que les son superiores por su trascendencia y por afectar a la propia condición humana. Nos referimos como es obvio al acervo espiritual del cristianismo. A él están vinculados los mejores logros del espíritu y él, junto con la gran tradición clásica, ha forjado la unidad y grandeza de nuestro continente. La ideología comunista se ha mostrado incompatible con su esencia. Tal es la razón que a nuestro juicio justifica plena, vitalmente, la antinomia actual entre Oriente y Occidente.

No consideramos hacedera por todo lo expuesto la pretensión

(1) Conferencia de prensa sostenida en Berna el 14 de abril de 1950, revista *Comprendre*, núm. 1, pág. 76.

de aislar un repertorio de quintaesencias culturales comunes a siri-
rios y troyanos para ponerlas a buen recaudo en una nueva arca
de Noé que salve de este diluvio las especies del espíritu; idénti-
cas razones nos impiden ocultar un hondo escepticismo sobre la
mella que los llamamientos de la S. E. C. puedan hacer entre
quienes profesan las doctrinas marxistas, por «muy hombres de
cultura» que sean, y sobre las posibilidades de suscribirlos eficaz-
mente para aquellos que sin profesarlas las padecen. Prueba estos
recelos el escaso número de adhesiones que ha logrado la Sociedad
Europea de Cultura —pese a un notable esfuerzo por conseguir-
las— más allá del telón de acero, en contraste con las muy nume-
rosas y de calidad que se le sumaron de este lado: Croce, Sartre,
Chagall, Huxley, Bretón, D'Ors, Duhamel, Hanegger, Siegfried,
Barrault, etc., por no citar sino unos pocos nombres de signifi-
cación heterogénea, han respondido al llamamiento de la institu-
ción con entusiasmo mayor o menor, pero con esperanza en la
mayoría de los casos. Por el contrario, son contadas las adhesiones
precedentes de Rusia y sus satélites, y alguna de ellas —la del por-
tavoz marxista Haldane, por ejemplo— hace que a nuestras du-
das se una el temor de que no persigan otra finalidad que utilizar
una plataforma más de propaganda y confusionismo.

Es doloroso, y tenemos plena conciencia de ese dolor, que la
antinomia haya alcanzado tan grave e irreducible proyección es-
piritual. Desconocerla o subestimarla es no solamente peligroso,
sino suicida, aparte de para otras muchas cosas, para esa unidad
cultural y esa autonomía del espíritu que la Sociedad Europea de
Cultura pretende defender con tanto brío. Por ello tememos que,
llegados a tan grave trance, la única fórmula eficaz de dialéctica
sea esa, tan conocida de los españoles de esta generación, que es-
tudia hace siglos, espada al cinto y en libro de piedra, el malo-
grado doncel del enterramiento de Sigüenza.

RAFAEL F. QUINTANILLA